

VISITA AL CONGRESO DE LOS
DIPUTADOS DE S. M. EL REY
DE LOS BELGAS

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

1994

VISITA AL CONGRESO DE LOS
DIPUTADOS DE S. M. EL REY
DE LOS BELGAS

EL DIA 20 DE SEPTIEMBRE DE 1994

© Publicaciones del Congreso de los Diputados
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
Visita. Núm. 11
Imprime: Rivadeneyra, S. A.
Cuesta de San Vicente, 28
28008 Madrid

La visita al Congreso de los Diputados de S. M. el Rey de los Belgas tuvo lugar en el Salón de Conferencias el día 20 de septiembre de 1994, entre las once treinta y las doce y diez horas, y fueron convocados los miembros de la Mesa del Congreso de los Diputados y los del Senado, los Portavoces de los Grupos Parlamentarios y los miembros de las Comisiones de Asuntos Exteriores de ambas Cámaras.

El señor **PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS** (Pons Irazazábal): Majestad, es para mí motivo de una especial satisfacción dar la bienvenida en esta Cámara en representación del pueblo español al Rey Alberto II de los belgas. Hace casi exactamente 16 años, el 22 de septiembre de 1978, Antonio Hernández Gil, entonces Presidente de las Cortes, saludaba precisamente en este mismo lugar a vuestro augusto hermano, el Rey Balduino, un modelo de dedicación a la causa de su país y cuya memoria sigue viva entre todos nosotros. El Presidente de las Cortes hizo en aquel momento una referencia a la Reina Fabiola, y yo quiero aprovechar esta oportunidad para pedir os que transmitáis en nombre de la Cámara un saludo especial para ella.

Hace 16 años, el Rey Balduino aseguraba en nombre de los bel-

gas el pleno apoyo al ingreso de España en su petición de adhesión a la Comunidad Europea y los españoles pudimos comprobar que Bélgica deseaba sinceramente y de corazón que España formase parte de la Europa unida. En 1986 España ingresó en la Comunidad, ahora Unión Europea, y ha participado activamente en un proyecto, en el que cree firmemente. Dentro de la Comunidad en particular y dentro de la política europea en general, Bélgica y España comparten una filosofía común que abarca igualmente la arquitectura de Seguridad, la profundización de la Unión, el respeto a los derechos humanos y el mantenimiento de la paz.

Bélgica y España han estado tan unidas en la historia, que no es difícil evocar pasajes que confirman trayectorias en gran manera paralelas. Hace casi 500 años, en 1517, un príncipe nacido en Gante, de la familia Habsburgo, desembarcaba en Santander para ser proclamado Rey de las Españas, y posteriormente Emperador de Alemania.

Hace sólo unos meses, en enero de 1994, se inauguraba en Bruselas, con asistencia de los Reyes de España, una magna exposición del Patrimonio Nacional dedicada a los Tapices y Armaduras de la época de Carlos V. Traigo a colación su figura porque el emperador alemán, el rey español, el príncipe belga fue un monarca europeo, por su linaje, pero sobre todo porque sentía Europa como un todo, un ideal que trasplantado al siglo XX, o deberíamos decir mejor al XXI, debe ser una fuerza motora de imaginación y de progreso, que sepa mantener las conquistas sociales y las libertades conseguidas en las últimas décadas.

Ha pasado mucho tiempo desde la llegada de Carlos I a España, pero la Monarquía ha mantenido su vigor en Europa, y es hoy un símbolo de la unidad nacional. Los Parlamentos se han convertido en el centro de la vida política, y la democracia tiene en nuestro tiempo una vocación universal. De alguna forma, los conceptos de democracia y Parlamento han ido de la mano, centrándose este último en su doble misión de producir leyes, y de controlar al poder ejecutivo.

En los umbrales del siglo XXI la democracia no es sólo un imperativo ético, es también el sistema más adecuado para la promoción del desarrollo económico y social. La participación de los ciudadanos a través de las instituciones, y especialmente de los Parlamentos, debe proporcionar al Ejecutivo los estímulos o las señales de alarma que sean necesarias para orientar o en su caso rectificar la labor de gobierno.

Hoy en día tanto en España como en Bélgica, la Corona y el Parlamento son modelo de colaboración en esos ideales democráticos, de justicia social y de convergencia.

El Parlamento y la Corona en nuestros dos países han sido eficaces difusores de la cultura de la libertad, basada en la tolerancia y en la confianza. Al acoger hoy esta Cámara al Rey Alberto II de los belgas quisiera subrayar el enorme respeto y admiración que los nuevos Reyes ya han suscitado con su efectiva labor integradora dirigida a todos los belgas, y en especial a aquellos más necesitados.

Majestad, el desafío europeo es un reto importante, que entre otras cosas debe reforzar el sentimiento de pertenencia a una familia

común. Este sentimiento entre españoles y belgas es largo y profundo. Las Universidades de Brujas (que visitaba el Rey don Juan Carlos la pasada semana), o la de Lovaina, han hecho mucho en la génesis de ese sentimiento europeo y en la formación de estudiantes y profesores españoles.

Queremos una Europa diferente que se aproxime más en una doble faceta: la económica y la cultural. En el plano económico, el Mercado Unico y la Unión Económica y Monetaria deben garantizar niveles de desarrollo tecnológico y de productividad que nos permitan competir con otras regiones del mundo. En el plano cultural, el intercambio de ideas, de experiencias de todo tipo, de conocimientos científicos, el mejor conocimiento de los pueblos, será sin duda imprescindible para luchar contra los egoísmos nacionales, los intereses particulares o las discriminaciones étnicas o de cualquier tipo. Se trata en definitiva, como decía más arriba, de profundizar en ese sentimiento de pertenencia a la familia común.

Queremos como españoles participar plenamente en la nueva etapa del quehacer europeo. El Tratado de Maastricht ha supuesto un cambio cualitativo importante e incorpora además la política externa de seguridad común y la cooperación en asuntos de interior y justicia. Estas innovaciones anuncian otras para el futuro. Europa ha sido sinónimo para las gentes de esta generación de democracia y de progreso, y aspiramos a incorporar a los más jóvenes en este proyecto. Para que Europa siga siendo sinónimo de democracia y de progreso, la reforma institucional que se anuncia para 1996 deberá encontrar nuevos equilibrios. Habrá que compatibilizar la ampliación con la

profundización, la necesaria digestión del programa de acción previsto en Maastricht, con los ajustes necesarios en las políticas comunitarias. Esperamos estar a la altura de las circunstancias con la presidencia española del segundo semestre del 95, y en la dirección de los trabajos del proceso preparatorio de la Conferencia.

Bélgica está en el corazón de Europa. El nombre de Bruselas simboliza la realidad compleja y apasionante de la unión. Pero no es un simbolismo casual. Es un liderazgo que se asienta en la historia de la Europa abierta, del progreso económico y social, de las libertades y del asentamiento de la democracia. Vuestro país juega un papel central en Europa: un papel que resume las exigencias que debemos imponernos para ser fieles a los objetivos de paz, libertad y progreso que nos hemos marcado como europeos. Esos objetivos se confunden con el respeto a la pluralidad, que vuestro país personifica señaladamente, y con la convicción de que la libertad es condición de progreso.

Hago, pues, votos para que esta visita del Rey de los Belgas a esta Cámara de Diputados sea un paso adelante más en esta línea de aproximación de los pueblos de Europa (entre los que el pueblo español encarna su soberanía en este Congreso de los Diputados). Es un camino que no dejará de estar jalonado de dificultades. Pero España y Bélgica deberán ser ejemplo en este espíritu europeo y democrático, de respeto a los derechos humanos y de amor por la justicia y la libertad.

Quiero agradecer de nuevo a S. M. el Rey de los Belgas su presencia aquí. (Aplausos.)

SU MAJESTAD EL REY DE LOS BELGAS: Señor Presidente del Congreso, señor Presidente del Senado, señoras y señores Senadores, señoras y señores Diputados:

En España como en Bélgica la democracia tiene sus orígenes en la autonomía de los municipios medievales. Desde hace siglos las Cortes encarnan esta representación popular.

Las circunstancias que me permiten dirigirme a ustedes hoy son a la vez un honor y un motivo de gran satisfacción.

En primer lugar un honor, porque este encuentro representa uno de los momentos cumbres de la visita que la Reina y yo efectuamos a España invitados por Sus Majestades el Rey don Juan Carlos y la Reina doña Sofía.

Al mismo tiempo es una satisfacción porque hace dieciséis años, con motivo de una visita de Estado, mi querido hermano, el Rey Balduino, tuvo el privilegio de dirigirse a esta Asamblea. Ese momento fue para él y para la Reina Fabiola un motivo de júbilo al igual que para nosotros ahora.

Señoras, señores:

Bélgica se congratula de compartir con España esta aventura pacífica y sin precedentes de la realización gradual de la Unión Europea. Mis compatriotas se sienten orgullosos de haber estado entre los pioneros en esta empresa y de haber contribuido considerablemente

y en varias ocasiones a la construcción de esta obra. En un siglo marcado tanto aquí como en Bélgica por sangre y lágrimas, muertos y desastres, hemos sabido en Europa Occidental superar de forma duradera nuestros antagonismos, conducir conjuntamente un destino compartido y organizar nuestra independencia en el marco de las instituciones comunes. Esperemos que el triunfo de la razón se extienda día tras día al resto del continente.

En un discurso que pronunció hace un par de días en el Colegio de Europa en Brujas vuestro Rey se expresó con coraje y con convicción acerca de la Europa de los valores que también tendría que estar a la orden del día en nuestras discusiones sobre el futuro de nuestro continente.

Hace ya casi medio siglo que fueron escritos los primeros capítulos de esta empresa. Al principio de la posguerra surgieron espíritus creativos y gobiernos audaces que emprendieron este original proyecto. El transcurso del tiempo no ha hecho más que confirmar la viabilidad de los objetivos propuestos y la eficacia de las estructuras establecidas. La Comunidad, que contaba con seis países fundadores, tiene en la actualidad 12 estados miembros, tendrá 16 mañana y sin duda más todavía en años venideros. ¿No constituye esto la mejor prueba del éxito?

La vida política diaria de nuestros países está profundamente marcada por la Unión Europea. Influye en las decisiones de nuestros Gobiernos, en las deliberaciones de estas Cortes e incluso en la jurisprudencia de nuestros Tribunales. La Unión traduce nuestros puntos

de vista comunes en cuanto a la vida en sociedad se refiere: el estado de derecho, la democracia, los derechos humanos. Más allá de la unidad del mercado, la Unión crea una solidaridad entre nuestros pueblos que se manifiesta especialmente en un importante trasvase de fondos. Conjuga nuestros intereses económicos y comerciales y se esfuerza en defenderlos en un mercado mundial cada vez más competitivo. Armoniza nuestros puntos de vista en política exterior y se prepara para abordar las cuestiones en materia de defensa.

Esta gran empresa ha sido realizada respetando la especificidad de nuestros pueblos y la diversidad de sus culturas, que son la riqueza de nuestro continente. Estados diferentes en tamaño, en su nivel de desarrollo, en sus tradiciones y en su historia cooperan en un conjunto estructurado, sin espíritu de dominación ni afán de hegemonía. Por estas razones tanto Bélgica como España se encuentran a gusto en la Unión Europea.

Juntos hemos convenido celebrar una conferencia intergubernamental en 1996 para volver a examinar determinados artículos de los tratados que nos unen. Los preparativos siguen su curso en cada uno de nuestros países. Un grupo de reflexión común se reunirá el año próximo bajo la presidencia española. Esta es una gran responsabilidad respecto a nuestro futuro común.

Las dificultades que algunos pases han conocido en cuanto a la ratificación del Tratado de Maastricht indican un desconcierto en la opinión, una información insuficiente, el auge del escepticismo, del «cada uno en su casa...». Hemos asistido también al resurgimiento de

los nacionalismos, como si la historia no nos hubiera enseñado ya las tristes consecuencias de este modelo de antaño.

Tengo el convencimiento de que España sabrá dar el impulso inicial a esta conferencia que debe conducir la Unión Europea hacia el siglo XXI respetando sus propias características: eficacia, solidaridad, tolerancia.

La importante lección de este medio siglo de construcción europea es que, a pesar de nuestras diferencias, los intereses esenciales de los países europeos son los mismos y hay que subrayar que es más lo que nos une que lo que nos separa. Aplicando constantemente esta lección lograremos convencer a nuestros pueblos, evitaremos la recaída en los antiguos errores y responderemos a las esperanzas de nuestros vecinos que desean unirse a nuestra empresa. Bélgica siempre se encontrará a vuestro lado en este camino.

Este es el mensaje que quería hacerles llegar hoy. **(Aplausos.)**